

corbata no tenía, porque no puede tenerse de todo.

A pesar de su astrosa indumentaria, el diminuto adolescente andaba por las calles como por país conquistado, y se le daba una higa de las sonrisas que a su paso arrancaban el irisado terno que lo envolvía, los ventilados botines y el sombrero de paja que servía de techo a su rubia y rebultada pelambarrera.

El rapaz llegó al atrio de la catedral, y al primer caballero a quien le notó una fisonomía bondadosa, le preguntó desenfadadamente, con el acento dejativo de la montaña, mostrándole el sobrescrito de una carta.

—Oiga usted, señor: ¿me hace el favor de decirme en dónde vive este caballero?

El otro, que era un hombre robusto, de barba cerrada, leyó sonriendo:

«Señor Don

*Ricardo Carrasquilla*

*Bogotá».*

—Ah!—exclamó—es una carta para Ricardo Carrasquilla!

—Sí, señor—contestó el rubio y desenfadado rapaz—. Es una carta de recomendación que me dió el doctor Baltasar Botero Uribe.

—Usted, ¿cómo se llama?—preguntó el caballero.